

REVISION DE LIBROS

Psicología del Arte

Gisèle Marty

Madrid, Pirámide, 1999

Aparte del manual sobre *Psicología del arte* publicado por el profesor Álvarez Villar en 1974, y de algún que otro trabajo esporádico, como el de Hernández-Belver (1989), puede decirse que la psicología española ha sido parca a la hora de ocuparse de las importantes cuestiones relacionadas con el arte y los artistas. El porqué de esta situación es enigmático, pues la psicología científica goza de buena salud en nuestro país y también lo hace el arte, más ayer, pero también hoy, así que lo más natural es que ambos se hubiesen encontrado con frecuencia. El profesor Ángel Riviere, director de la colección *Psicología* de la Editorial Pirámide, demuestra oportunidad y buen criterio al publicar este libro de Gisèle Marty que esperemos venga a sacar de la clandestinidad e impulsar la psicología del arte en España.

El libro de Marty se ocupa de los problemas esenciales que toda psicología que aspire a decir algo coherente sobre el arte y el proceso artístico tiene ineludiblemente que tratar. Lo hace en ocho capítulos de lectura amena pero sin concesiones, demostrando un sólido conocimiento de los procesos psicológicos básicos y la metodología experimental, un dominio envidiable del mundo del arte, y, lo que es más difícil, desarrollando una gran enjundia para poner en conexión ambos campos. Y es que estudiar desde una psicología guiada por las bridas del rigor metodológico y experimental la conducta humana más genuinamente anárquica e individual, como es la artística, no es tarea fácil; algunos dirían que imposible, otros que innecesaria. Los ocho capítulos del libro comentado ofrecen algunas respuestas, muchos interrogantes, y, sobre todo, formulan el problema en sus justos términos, que no es poco. Los títulos de los ocho capítulos son la mejor guía para saber cómo se articulan los contenidos del libro:

1. El modo de ser de la psicología del arte.
2. La estética experimental.
3. La Gestalt: la importancia de la forma.
4. Psicoanálisis y arte.
5. Filogenésis del arte.
6. El desarrollo de la capacidad estética.
7. La creatividad: un fenómeno complejo.
8. La perspectiva psicobiológica aplicada a la Psicología del Arte.

La experiencia artística es uno de esos aspectos de la conducta que se suelen poner como ejemplo a la hora de distinguir lo que sería un comportamiento específico del ser humano. Pero es difícil definir, y no digamos ya operativizar y medir, lo que es una *experiencia artística*. Así que la manifestación de esa conducta supone un material de interés de primer orden para el psicólogo, pero la posibilidad de estudiar esa conducta con las he-

rramientas habituales de los laboratorios de Psicología se convierte en un reto. El libro de la profesora Marty hace hincapié en ese conflicto mediante una introducción histórica al nacimiento de la Psicología del arte experimental en el siglo pasado con Fechner, y las críticas que recibió por parte sobre todo de Rudolf Arnheim. Esa introducción inicial se completa más tarde con las aportaciones de la Gestalt y el psicoanálisis freudiano, enfoques que, por supuesto, se enfrentan a las mismas dificultades. Pese a ello, Marty no se limita a realizar una historia de la Psicología del arte. En un intento de abarcar todas las claves posibles, la autora entra, por ejemplo, en los aspectos de la evolución de la capacidad estética dentro de la especie humana, con un capítulo acerca de la Filogenésis, poco habitual en los libros de Psicología. Pero se trata de una buena forma de plantear la verdadera dimensión del problema con el que se encuentra cualquier aproximación psicológica al arte.

En esencia, una experiencia artística es la suma de dos procesos distintos: el del creador que da lugar a la obra de arte y el del espectador que la contempla. Por lo que hace a este último, estamos ante un proceso perceptivo, y ahí parece encontrarse un punto de partida lo suficientemente sólido para el psicólogo. La experiencia estética del espectador es antes que nada percepción, área clásica de la psicología donde la haya. La autora repasa los aspectos más significativos de lo que es la percepción artística (la visual sobre todo) examinando sucesivamente las cuestiones de forma y color. Obviamente la experiencia estética no es únicamente percepción, es una manera especial de percibir, y lo que se añade a las formas y a los sonidos pertenece a un campo mucho más difícil de codificar en el lenguaje de la psicología científica. La manera como intenta resolver ese problema la profesora Marty es mediante una aproximación ontogenética al símbolo y al significado, con lo que su libro entra en la dimensión más específicamente psicológica en un sentido profundo: la de los aspectos semánticos de la obra de arte para el autor/espectador. Anticipando lo que aparecerá más tarde, en el capítulo sobre el modo de ser de la Psicología del arte, constituye tanto una declaración de principios como un intento metodológico de ir más allá de los presupuestos del funcionalismo computacional. En la medida en que se deban considerar los aspectos semánticos de los objetos artísticos eso es obligado, ahora bien, cabría preguntarse ¿cómo pueden superarse los límites puestos por Fodor, a través de su conocida crítica a la Psicología Cognitiva, relativos a la inaccesibilidad de los procesos profundos? El de la experiencia artística es sin duda uno de los procesos más profundos. Marty utiliza la separación metodológica entre lo que es una aproximación psicológica de tipo técnico y otra de sentido común, que viene de Putnam y ha usado con profusión Chomsky, para mostrar adónde quiere llegar. En pocas palabras, para Marty la Psicología del arte ha girado alrededor de conceptos y métodos *folk* durante una gran parte de su historia; los intentos experimentalistas tropezaban, como advirtió Arnheim, con la barrera de centrarse en *inputs* muy simples (ra-

yas, puntos, figuras sencillas, colores planos) y medían así elementos que no tienen que ver en realidad con lo que es la experiencia estética genuina, con lo que se quedaban en un simple estudio de los juicios de los sujetos acerca de sus sensaciones placenteras. De nuevo se repite en este ámbito del arte lo que ha ocurrido con tantos otros problemas complejos a los que los psicólogos se han acercado, podando el objeto de estudio para encajarlo en los raíles del método, en vez de hacer lo contrario, que sería lo adecuado, es decir, enriquecer el método hasta que permita estudiar el problema sin despojarle de características esenciales que lo desvirtúen. Es, de nuevo, la fácil tentación procustiana de amputar todo lo que no entra en la cama, en vez de ajustar ésta al durmiente. Como alternativa a esa estética experimental mas bien roma, a menudo se intentó describir el mundo del *arte real* en términos de experiencias de sentido común. ¿Es posible unir uno y otro aspecto e intentar un estudio psicológico riguroso de la experiencia artística?, esa es la cuestión. La respuesta a esa pregunta se relaciona en el libro de Marty con el estado de los estudios más actuales en el terreno de la neurobiología acerca de los procesos cerebrales que subyacen a la experiencia artística. Para ello, la autora repasa sobre todo las propuestas de los autores franceses Vigouroux y Changeux. Eso supone definir de una forma precisa lo que es la experiencia artística y su significado psicológico, cosa que se aborda en el capítulo dedicado al desarrollo de la capacidad estética. La creatividad extrema, la cuestión del genio creador, es la manifestación más exagerada de ese proceso. El capítulo dedicado a la creatividad es el punto crucial del libro, en el que se presentan las evidencias acerca de la conexión profunda existente entre creación, placer estético y tradición histórica, como única perspectiva capaz de hacer justicia con un fenómeno tan complejo.

El libro de Marty termina con lo que es en estos momentos la frontera en los conocimientos acerca de la experiencia artística: las aportaciones de las neurociencias. Por su propia naturaleza se trata de un capítulo abierto, pero indica bien el terreno que ofrecen esos estudios al psicólogo interesado en el fenómeno del arte. La *Psicología del arte* de Marty es, por tanto, un libro ambicioso, de amplios y densos contenidos, en su afán de no dejar ningún aspecto esencial de lado. Después de leerlo se tiene la impresión, placentera para alguien como este revisor encuadrado en un área de conocimiento metodológica, que la Psicología del arte ha alcanzado una madurez metodológica inusual hasta ahora; bienvenida sea al club de los que aspiran a decir las cosas con cierto rigor y precisión sin abolir para ello la natural complejidad de las cosas. Estoy seguro que el libro de Marty contribuirá a estimular las investigaciones y aportaciones de la psicología española al mundo del arte.

Referencias

Alvarez Villar, A. (1974). *Psicología del arte*. Madrid: Biblioteca Nueva.

Hernández Belver, M. (1989). *Psicología del arte y criterio estético*. Salamanca: Amarú.

Revisado por:
José Muñiz
Universidad de Oviedo

El mito de la educación (*The nurture assumption*)

Judith Rich Harris

Barcelona, Grijalbo, 1999

Recientemente se ha publicado en castellano una amena, pero rigurosa obra, de una autora dedicada en su vida profesional a escribir libros de texto para estudiantes de psicología. La traducción presenta algunos problemas, pero estos no son especialmente importantes. Por ejemplo, se confunde «gemelos» (gemelos univitelinos) con «mellizos (gemelos bivitelinos), pero la descripción de ambas categorías es correcta, por lo que es fácil darse cuenta del equívoco. También es inadecuado el título del libro. Literalmente el título es «El problema de la crianza», bastante más ajustado al contenido que el elegido por la editorial española.

El origen de «El mito de la educación» es un artículo publicado en la «*Psychological Review*» en 1995, que recibió el premio George A. Miller otorgado por la Asociación Americana de Psicología a trabajos de renombrada relevancia (Harris, 1995). El famoso psicolingüista Steven Pinker es el encargado de prologar la obra de Harris. Escribe Pinker: «tengo el convencimiento de que [la obra de Harris] se verá como un punto y aparte en la historia de la psicología».

La obra tiene dos objetivos generales: poner en cuestión la idea de que la personalidad del niño es formada o modificada por sus padres y ofrecer una perspectiva alternativa sobre el proceso a través del que se forma esa personalidad. La autora recopila y analiza cuidadosamente diversos conocimientos de las ciencias sociales. Una de sus primeras tareas es demostrar que los niños se comportan de un modo en sus hogares (con sus padres) y de otro modo fuera de ellos (sin sus padres), es decir, emplean dos códigos conductuales ajustados al contexto. La extendida idea de que los padres pueden influir a largo plazo en la personalidad de los niños procede, según Harris, de una determinada psicología universitaria, pero resulta ajena a la antigua psicología popular. Sin embargo, la primera —representada por los estudiosos de la socialización— ha terminado por influir en la segunda, a pesar de haber cometido un error crucial. Los estudiosos de la socialización se han olvidado de separar dos tipos de influencias: las de los genes y las del propio ambiente familiar. Así, por ejemplo, si analizamos a una muestra de padres y a sus niños biológicamente relacionados, y observamos que existen algunas semejanzas entre ellos, podemos sacar la (equivocada) conclusión de que tales semejanzas se deben a que los primeros han criado a los segundos. Nada más lejos de la realidad: esas *semejanzas* se deben, en buena medida, a los genes que los niños comparten con sus padres, como han demostrado los estudios sobre adopción llevados a cabo por los genéticos de la conducta: «el fallo en el control de los efectos de la herencia convierte en ininterpretables los resultados de la mayoría de los estudios sobre la socialización» (p. 47). Un poco más adelante, Harris declara algo especialmente importante para su tesis: «los niños llegan a este mundo siendo bastante diferentes unos de otros. Sus padres los tratan de forma diferente a causa de sus características distintas» (p. 51).

Sin embargo, Harris, al igual que los genéticos de la conducta, pone un exquisito cuidado en aclarar que, por lo que al desarrollo de la personalidad se refiere, no todo depende de la genética, ni mucho menos. En la formación de la personalidad del niño también influye, al menos tanto como los genes, el entorno. Pero, ¿qué entorno? Según ella, los padres no forman parte de ese entorno. El entorno que es relevante está compuesto, en esencia, por el grupo de iguales (*peers*). De hecho, la teoría que Harris propone se denomina «Teoría de la Socialización Grupal»: «los niños nacen con ciertas características. Sus genes les predisponen a desarrollar cierto tipo de personalidad. Pero el entorno puede cambiarles. No la crianza —el entorno que pueden proporcionarles sus padres—, sino el entorno fuera del hogar, el que comparten con sus compañeros» (p. 192). Es decir, la socialización no es algo que los mayores les hagan a los niños, sino algo que los niños hacen por sí mismos. Para demostrar esta idea, Harris recurre a las investigaciones realizadas con animales, a los conocimientos acumulados sobre el pasado de la humanidad, a los resultados obtenidos por los genéticos de la conducta, y a una serie de experimentos sobre los grupos llevados a cabo por la psicología social en los años 50.

Mientras desgrana diversas investigaciones relevantes para apoyar su teoría, Harris alecciona a los responsables de los programas de acción social dirigidos a la población adolescente. Así, por ejemplo, expone su opinión sobre las campañas destinadas a evitar el hábito de fumar. Según ella, decirles a los «adolescentes» cuáles son los peligros del tabaco no tiene sentido, puesto que se trata de propaganda diseñada por los «adultos». Dado que estos no aprueban que se fume, aquellos se sienten más inclinados a hacerlo. Existe una oposición de los adolescentes hacia los adultos, básicamente porque necesitan diferenciarse —a esto Harris le denomina «contraste de grupo». Los mensajes de conducta dirigidos por los adultos carecen de sentido para los adolescentes, puesto que éstos crean su propio mundo y viven en él.

Quizás una de las argumentaciones más «duras» de la obra de Harris sea la referida a las consecuencias que pueden tener los reiterados mensajes de algunos «expertos» en educación. Según ella, los libros de esos expertos ignoran el hecho de que todos los niños nacen diferentes, como antes se ha comentado. Al haber convencido a los padres de que lo que ellos hagan en casa, tendrá un efecto duradero sobre la personalidad de sus niños, han logrado generar intensos sentimientos de culpa y, naturalmente, han anulado la espontaneidad en las relaciones humanas que se establecen dentro de los hogares. Sin embargo, la investigación científica ha demostrado que los padres no tienen un efecto a largo plazo sobre la personalidad de sus niños. En la práctica, a la larga, y dentro de un rango poblacional más o menos normativo, es indiferente quiénes sean los padres —aunque esto no niega que haya casos excepcionales en los que algunos padres sí influyan a largo plazo en la personalidad de algunos niños, o que los padres pueden actuar como si no tuviesen hijos. Lo que va a pesar son los genes que los padres les pasan a sus niños y las experiencias que estos niños vivan fuera del hogar, dentro de su grupo de iguales: «la herencia es una de las razones por las que los padres con problemas tienen a menudo hijos con problemas. Es un hecho simple, obvio e innegable; y sin embargo es el hecho más olvidado de toda la historia de la psicología. Juzgando la escasa atención que los psicólogos clínicos y del desarrollo le ha prestado a la herencia, pensarías que aún estamos en los días en que John Watson prometía convertir una docena de bebés en médicos, abogados, mendigos o ladrones» (p. 370).

Desarrollando su teoría, la autora proporciona pistas muy interesantes sobre cómo analizar el efecto del entorno sobre la personalidad de los niños. Así, por ejemplo, estudia familias de inmigrantes, en las que los padres pertenecen a una cultura y el resto de la comunidad pertenece a otra. Ello permite distinguir el efecto de los padres y el efecto de las influencias exteriores a la familia. También estudia a las familias en las que los padres son sordos, pero no sus niños. En estos casos, se demuestra que los niños adquieren la cultura que observan y experimentan fuera del hogar, no dentro de él: «el mundo que los niños comparten con sus compañeros es lo que forma su conducta y modifica las características innatas, y todo ello determina el tipo de personas que serán cuando crezcan» (p. 253). Este hecho cuestiona, además, la tan traída y llevada repercusión de los divorcios sobre el desarrollo posterior de los niños. Según los estudios revisados por Harris, no es cierto que los divorcios repercutan a largo plazo en la personalidad de los niños. La autora también pone en tela de juicio el extendido estereotipo de que los niños deben ser criados por un padre y por una madre; esto no ha sido demostrado científicamente. Por tanto, un niño podría ser perfectamente criado por una pareja de homosexuales, puesto que, realmente, el niño se socializa dentro de su grupo de iguales, no dentro del hogar familiar.

Harris revisa el efecto que puede tener su teoría sobre fenómenos sociales como el fracaso escolar. Según ella, los chicos que se acercan a los buenos estudiantes tienden a presentar una buena actitud hacia el trabajo escolar; y al revés. De hecho, la autora cree haber encontrado la principal causa de la bien documentada, pero todavía no explicada, diferencia promedio de rendimiento entre los dos principales grupos étnico-raciales estadounidenses en los tests estandarizados de inteligencia: «los chicos afroamericanos y los euroamericanos se identifican con grupos distintos con normas distintas. Las diferencias son exageradas por los efectos de contraste de grupo y tienen consecuencias que arrastran con ellos a lo largo de los años (...) los chicos afroamericanos a los que les van bien los estudios sufren la presión de sus compañeros para que no trabajen tanto. Fallan a la hora de ajustarse a las normas de su grupo: ‘actúan como blancos’» (p. 316). Por esta vía, Harris también sugiere por qué no han funcionado como se esperaba los programas de mejora de la inteligencia. Ello ha sido así porque los programas se han centrado en lo que no es importante, es decir, en intentar cambiar la conducta de los padres con sus niños. Sin embargo, esos programas deberían modificar la conducta y las actitudes de un grupo de niños: «un programa dirigido a un grupo entero de niños tendría más éxito que con esos 17 niños arrancados de diez o doce escuelas diferentes» (p. 320).

En suma, la obra de Harris es valiente y sugerente, pero también rigurosa. De hecho, ya se ha publicado algún estudio empírico dirigido a contrastar la teoría de la autora, con resultados bastante positivos (Loehlin, 1997). Aunque los pilares básicos de la «Teoría de la Socialización Grupal» hace tiempo que son conocidos, Harris ha llevado a cabo una necesaria labor de integración de un modo brillante. Además, ha puesto al alcance del público general, usando un lenguaje comprensible, conocimientos científicos difíciles de transmitir. De todos modos, «El mito de la educación» no está llamado a convertirse en una obra de impacto similar a la «Inteligencia emocional» de Daniel Goleman, a pesar de ser una obra igual de entretenida, aunque mucho más amparada por las evidencias científicas. Y ello es así porque es probable que la gente quiera escuchar que la inteligencia no es importante, sino que lo son las emociones, pero es poco probable que la gente quiera es-

cuchar que lo que ellos les hagan a sus hijos no tendrá efectos a largo plazo. Con todo y con eso, la sociedad no puede dar la espalda a las evidencias científicas cuando estas son tan abrumadoras. Tarde o temprano, la obra de Harris tendrá un reflejo en la sociedad a la que se dirige.

Referencias

Harris, J.R. (1995): Where is the child's environment? A group socialization theory of development. *Psychological Review*, 102, 3, 458-489.

Loehlin, J. (1997): A test of J.R. Harris theory of peer influences on personality. *Journal of Personality and Social Psychology*, 72, 5, 1.197-1.201.

Revisado por:

Roberto Colom Marañón

Universidad Autónoma de Madrid

Tratamientos psicológicos y tratamiento de la Psicología

Marino Pérez

Ed. Universitas, 1996

Lo que anima a ofrecer este comentario es que se refiere a un libro que no conviene que pase desapercibido para los psicólogos. Fácilmente, podría verse como cualquier otro texto más de terapia. Sin embargo, éste no es un texto cualquiera, sino que contiene algo distinto. En particular, se destacarían tres aspectos que lo distinguen y lo hacen distinguido. Pero antes que esto, téngase presente su contenido. El libro, de 1.000 páginas, se divide en diez grandes capítulos, agrupados en tres partes.

La primera parte (seis capítulos) expone las *perspectivas del tratamiento psicológico*. En concreto, las siguientes. 1) *El movimiento psicoanalítico*, donde movimiento alude tanto a su propagación cultural como a las variaciones de su misma sinfonía doctrinal. El capítulo expone la doctrina clásica y sus principales formas y variantes. En todo caso, la grandeza de Freud y el sentido de su obra quedan reconocidas dentro de lo que no deja de ser una demolición del psicoanálisis. Ahora bien, una demolición que contiene piedras angulares para toda psicoterapia (como son la transferencia, la resistencia y la interpretación). 2) *La psicoterapia adleriana*. Se trata de un enfoque poco y mal conocido que es, sin embargo, un saber básico en la psicología clínica. Así, por ejemplo, la noción adleriana de *arreglo neurótico* es utilizada a lo largo del texto, en la caracterización de los trastornos psicológicos. 3) *El planteamiento fenomenológico y existencial del tratamiento psicológico*. Aquí se exponen los conceptos básicos de estas doctrinas filosóficas, y las terapias bajo su inspiración (gestáltica, transaccional y existencial). Se habrá de apreciar que la importancia de la fenomenología y el existencialismo se mide más por el planteamiento que suponen de los problemas psicológicos (de interés para todo clínico), que por la inspiración de esas terapias en

concreto. 4) *La tradición humanista en psicoterapia*. Siendo las dos piedras angulares del humanismo la retórica y la persona, se sitúan en esta tradición, respectivamente, la terapia estratégica y la terapia centrada en la persona. El capítulo ofrece una original exposición de los sofistas y de la retórica. En este sentido, es interesante ver al psicólogo como un tipo de sofista del mundo actual (junto a periodistas, abogados, científicos y en general todos los que quieren convencer de algo). Por otro lado, se hace un análisis de la retórica que tiene toda terapia y de la terapia que es todo retórica. 5) *La hipnosis*. Después de presentar su procedimiento y aplicaciones clínicas, se explica en términos de una teoría dramática, lo que permite desenmascarar sus funcionamiento. De este modo, la hipnosis se revela como una ceremonia de engaño y auto-engaño. 6) *El enfoque cognitivo y el enfoque contextual de la terapia de conducta*. Debido a que el autor se rige más por la lógica conceptual que por el usual recuento cronológico, la terapia de conducta se reparte en dos perspectivas, la que deriva en la terapia cognitiva y la que continúa en su línea contextual. Dentro de esta última, se destacan el análisis de la conducta verbal, la construcción del mundo privado y ciertas terapias innovadoras como la terapia de conducta dialéctica, la psicoterapia analítica funcional y la terapia de aceptación y compromiso.

La segunda parte (dos capítulos) expone la *formas de investigación en el tratamiento psicológico*. El capítulo siete versa sobre la metodología de investigación en psicoterapia y el ocho sobre la efectividad de los tratamientos psicológicos. En este último, se ve que no todas las psicoterapias son equivalentes, cuando se comparan en problemas concretos. Se incluye aquí la *psicoterapia interpersonal* (por su eficacia en la depresión y por no avenirse a ninguna de las perspectivas expuestas).

La tercera parte (dos capítulos) trata sobre *la ciencia y el sentido común en psicología*. El capítulo nueve muestra los *usos y abusos de la ciencia en psicología*, donde se aprecia una cierta ofuscación científica, así como una variedad de estrategias metacientíficas (que permiten ordenar y calibrar la potencia de las distintas escuelas). Según el autor, la psicología es científica por sus maneras, pero no es ni podría ser una ciencia. Siendo así las cosas, el capítulo diez clama *por una psicología de la vida cotidiana*, donde se propone combinar las maneras científicas con el sentido común. Ahora bien, no se refiere al sentido común espontáneo, que todo el mundo tiene en su ida por la vida (como si dijéramos una suerte de psicología espontánea), sino del sentido común del que está, por así decirlo, de vuelta de las cosas. Esta propuesta tiene, por lo pronto, dos implicaciones prácticas: por un lado, la difícil tarea de articular la comprensión subjetiva (punto de vista *emic*) y la explicación objetiva (punto de vista *etic*) y, por otro, la más difícil todavía de ejercer una función crítica del exceso de psicología (que contiene tanto la sociedad como la misma psicología).

Pues bien, un primer aspecto distintivo es el reordenamiento de las terapias de acuerdo con su propia lógica. Aunque las seis perspectivas destacadas son, en buena medida, las usualmente reconocidas, suponen sin embargo un recorte con más fundamento que el usual. Así, la psicoterapia adleriana se recorta de la tradición psicoanalítica y se ofrece con figura propia. Por su parte, la fenomenología recobra su sentido clásico europeo (adualista) de su degeneración interiorista americana (dualista), que es, lamentablemente, la que conocen los psicólogos. En esta línea clásica, la fenomenología y el existencialismo constituyen una piedra de toque sobre la que calibrar los problemas psicológicos (muchos de las cuales son antes que nada condiciones de la vida). En fin, la tera-

pia de conducta se ofrece según los dos enfoques señalados (cognitivo y contextual), de modo que se ve con lógica lo que cronológicamente está confundido. Este nuevo orden conceptual permite ver ciertas afinidades entre las terapias, tan sorprendentes como fructíferas. Así, por ejemplo, la noción analítica de transferencia reaparece en la psicoterapia analítica funcional (de raigambre conductista), la psicoterapia adleriana resulta más con un aire existencial que analítico (o cognitivo), la terapia existencial se reconoce en la terapia de aceptación y, en fin, toda terapia comparece con su capa retórica (teorizaciones, metáforas, paradojas).

Un segundo aspecto distintivo es la inscripción de las terapias en su propio contexto. Se señalarían a este respecto los contextos dados por la ciudad de Viena (para Freud de una manera y para Adler de otra), por la filosofía europea, por el modo-de-vida americano, por la tradición de la retórica, por el cientificismo, por la sofisticada postmoderna. En vista de lo sabrosa que es esta referencia al contexto cultural y conceptual, se echa de menos una exposición más sistemática, que aclare si toda terapia se reduce a su contexto y si no hay algo trascendental en la psicología. Cabría observar ciertas formas que trascienden todo contenido, tales como la conducta operante (por no decir acción intencional) y la noción figura/fondo como modelo del funcionamiento psicológico (alternativo a uno metalista), pero el autor las usa o supone, sin certificarlas como merece.

Finalmente, un tercer aspecto distintivo tiene que ver con la tarea crítica de la psicología, refiriéndose tanto a una crítica de la psicología como a la reivindicación de una psicología crítica. Respecto a la primera, la crítica de cada terapia se despliega de su mismo contenido, de modo que no es la típica crítica resultante de aplicar una plantilla externa. Es, en cualquier caso, una crítica reconstructiva, que se hace cargo del sentido que tiene toda terapia. Ahora bien, no por tener sentido, todas las terapias son iguales. Unas psicologizan los problemas y, por tanto, podrán ser más iatrogénicas que curativas y otras son también eficaces además de lo efectivas que lo son todas a su manera. Así, puede haber terapias que sean un fracaso terapéutico y, sin em-

bargo, tengan éxito social. Se ha de decir que el autor podría haber sido más cuidadoso a la hora de aplicar esta importante distinción entre eficacia y efectividad, pues no utiliza siempre los mismos términos y a veces parecen intercambiados. Así mismo, el espacio dedicado a las críticas de cada escuela podría ser más proporcionado (mientras que en unas es largo y “esmerado” en otras se despacha en breve). Respecto a la segunda, se reivindica una función crítica de la psicología sobre la sociedad, en coherencia con el análisis contextual de los problemas. Se destaca a este respecto la noción de conflicto de normas como condición propiciatoria de los problemas psicológicos (y de la psicología como institución social). Se trata, pues, de una psicología crítica de la sociedad, y auto-crítica de su saber y función práctica. Ciertamente, la psicología crítica ejercida en el texto es apreciable desde la perspectiva del género.

Aunque es un texto recomendado para estudiantes y profesionales, los primeros difícilmente llegarán a él, sobre todo, porque tendrían que empezar los profesores por de-construir su «propio» saber y examinarse a sí mismos antes de examinar a otros. Más ventaja tendrán los profesionales, libres de exámenes, si todavía quieren hacer un libre examen de la ciencia psicológica que poseen o de la que están poseídos. Cada psicólogo encontrará fundamentos, teorías, procedimientos y conciencia auto-crítica de la terapia que profesa y podrá hacer un ex-curso por «campos enemigos», no tanto por alguna improbable conversión como por diversión. Ésta es posible, al ser un texto de un solo autor que, sin duda, ha hecho sus excursiones por los diversos campos. Diversión que no estaría asegurada en los acostumbrados textos colectivos, donde cada autor es especialista de su campo e ignorante de los demás. En fin, todo ello ha animado a ofrecer este comentario, de un texto de tratamientos psicológicos que supone a la vez un cierto tratamiento de la psicología.

Revisado por:

Beatriz Fernández Álvarez

Hospital Central de la Cruz Roja, Madrid

